



CONFIDENCIA

NUNCA me había sido posible adivinar qué oculto dolor consumía á Ricardo de Solís, imprimiendo en sus facciones una huella tan visible de siniestra amargura.

Todos cuantos le veían experimentaban la misma curiosidad punzante, igual deseo de conocer el secreto—que había secreto saltaba á los ojos—de por qué aquel hombre parecía la tétrica imagen de la pena.

Los más sagaces ni presumían siquiera dónde podría hallarse la clave del misterio. Ricardo de Solís era soltero; su hacienda mucha; limpia y noble su ascendencia; vigorosa su complexión; su presencia gallarda. Alguien atribuyó su abatimiento á males físicos: su médico lo desmintió, asegurando que nada le dolía á Solís. Las damas cuchichearon no se qué de amores imposibles y secretos lazos ilegales: púsose en acecho la malicia, fisgoneando como entrometida dueña, y sólo descubrió patentes indicios de una indiferencia suprema en cuestiones femeniles.

Se habló de pérdidas en Bolsa, de deudas, de

usuras, de atolladeros sin salida; pero el agente que manejaba fondos de Solís, su abogado, sus proveedores, sus compañeros de casino desmintieron tales voces, declarando que no existían en Madrid cien fortunas tan saneadas ni tan bien regidas como la de Don Ricardo. Por ninguna parte se veía el punto negro, y justamente el no verlo excitaba más la sed de saber y enterarse de lo que á nadie importa, sed que aflige y caracteriza á los desocupados é inútiles, ó sea á la mayoría social.

A mí también declaro que me daba en qué pensar el enigma; pero mi curiosidad—y perdónenme los demás curiosos—tenía alguna justificación, al modo que la tiene la crueldad del vivisector que despelleja á un conejo en interés de la ciencia. Cuanto más vivo, más voy creyendo que la Biblia en cuyas páginas se estudia el supremo saber, es la humanidad. Como los rancieros y primorosos horarios que iluminaba la mano paciente del monje en la Edad Media, el libro del corazón humano no tiene página que sea igual á otra. Como en esos mismos horarios, al lado de la página donde los ángeles, cercados de luz, saludan á la Inmaculada Doncella, está la página donde los vicios, representados al natural ó en forma de inmundas alimañas, ostentan sin rebozo su fealdad y desnudez. Como en los mismos horarios, la impresión definitiva que produce en el alma el conjunto de divina pureza y desnuda fealdad, es una impresión religiosa.

Defendida así mi propia causa, diré que puse

en juego todos los recursos decorosos y lícitos, todas las estratagemas de buena guerra para descifrar el logogrifo viviente. Busqué con maña el trato de Solís; estudié el modo de atraerle á mi casa; le serví en dos ó tres asuntos de poca monta; y tuve la habilidad de presentarme como persona á quien son profundamente indiferentes las historias ajenas. No sé si lo creyó, pues la impertinencia de las gentes le tenía muy prevenido y en guardia; sé que aparentó creerlo, y estimó mi cauta discreción en lo que valía. Quizá lisonjeado por ella—la discreción es siempre una lisonja, pues implica respeto—fué dejándose ganar al trato frecuente, siempre reservado, siempre serio, siempre mudo sobre *lo esencial*—lo que todos deseaban saber y yo más que todos.

Cuando ya íbamos siendo amigos, me pareció notar que la escondida llaga de la vida de Solís se enconaba. La contracción de su rostro, lo torvo de su mirar, la expresión de *condenado* visible en ojos, boca y hasta en la nerviosa dilatación de la nariz, por donde exhalaba involuntariamente el suspiro de agonía á que los apretados labios no querían abrir camino,—eran otros tantos indicios delatores del desastre moral, sujeto, como el físico, á leyes fatales de progresión. El alma de Ricardo de Solís naufragaba; hundida en las olas y sin fuerza ya para combatirlas, sacaba á flor de agua la cabeza, miraba con desesperación al cielo—y volvía á sentirse sorbida por el remolino inexorable.

Al mismo tiempo que observé todos estos síntomas alarmantes, creí percibir otros... ¡cuán leves eran! ¡cuán vagos! ¡cuán indefinibles!—de una tendencia á quebrantar aquel horrible silencio, á deshacer el nudo de la garganta, á despedazar la glacial costra, dejando paso al torrente de lava que estremecía el subsuelo. Los librepensadores que hacen mofa de la confesión auricular, desconocen la íntima textura de nuestro espíritu, que rara vez puede resistir sin desfallecer el peso del secreto propio. El reo que acosado, acorralado, con la sentencia de muerte encima, sabe que el confesar es peligroso, pero confiesa, porque *no puede menos*, saborea un placer inefable, cuya causa no adivina, porque ignora que la afirmación de la verdad complace á nuestra alma racional, como á nuestra vista la línea recta.

Tal era, sin duda, el estado psíquico de Ricardo de Solís: en varias ocasiones sospeché que le subía á la boca la confesión, y allí se paraba espantada de sí misma. Y, por último, adquirí el convencimiento de que Solís—un día ú otro, quizá mañana, quizá dentro de un año—hablaría, porque era necesario, era fatidico que hablase. Lejos de facilitarle ocasión, me esmeré más que nunca en que me creyese indiferente y distraída. Los cismáticos griegos se confiesan á una pared y no tienen rubor. Yo fingí ser de cal y canto, para que, al llegar la segura y tremenda confianza, fuese absoluta, sin hipócritas reticencias, ni atenuaciones, ni distinguos.

Una noche entró Solís. Nadie estaba conmigo: ardía mansamente la chimenea: la pantalla verde apenas dejaba filtrar la claridad del quinqué; el aposento se encontraba á esa fantástica semi-luz que favorece la expansión de la confianza: fuera zumbaba el viento de invierno, lúgubre y sordo: dentro, la alfombra y las cortinas amortiguaban el ruido más leve. En el modo de saludar, de sentarse, de iniciar la conversación, comprendí ¡desde el primer instante! que aquella noche se descorría el velo misterioso.

He de confesar mi cobardía. A las primeras palabras de la historia de Solís sentí impresión tal, que quise rechazar la confianza, y aconsejé al desgraciado que fuese á arrodillarse á los pies de un hombre bueno y justo, con facultad para absolver á los mayores culpables en nombre del que murió por ellos.— Mi repulsa fué hábil, pues acrecentó en Solís el ansia de abrir su corazón.

“No hay sacerdote para mí,—me dijo ronco y tembloroso, apoyando en las manos la frente.— “Ni hay sacerdote, ni yo quiero ser perdonado... ¡El perdón me horroriza!,—añadió rechinando los dientes.—“No, no se asuste V. *todavía*. Ahora verá V. ¿V. sabe lo que quieren á sus hijos las madres? Pues pinte V. el cariño de cien madres de las más extremosas, y comprenderá V. lo que era la mía... No me separé de ella desde el día en que nací, y creo que eso mismo... creo que el exceso... Lo cierto es que cuando fui un minuto hombre, hirvió en mí un ansia insensata de libertad.

„Quería vivir á mi gusto, no sé si mal ó si bien, pero dueño de mí, sin traba ninguna de voluntad ajena. Un instinto diabólico me llevaba á hacer todo lo contrario de lo que quería y aconsejaba mi madre. Sospecho que aquello tenía algo de manía ó demencia. El alma es insondable. No sé cómo fué, puedo jurarlo; pero lo cierto es que la contradecía, la afligía, la maltrataba con rabia, primero de palabra, después...”

Aquí Solís exhaló una especie de gemido convulsivo y calló. Yo me guardé muy bien de manifestar que me asustaba la revelación horrenda. Mi silencio y mi serenidad animaron al reo.

“Lo que más la angustiaba era el que yo bebiese... y, sin ganas, bebía... sólo por mortificarla, por... Adquirí costumbre... Sucedió que una vez vine á casa... ebrio... ebrio... Con toda la energía de su amor me reprendió, afeó el mal hábito... y... después... quiso acostarme, cuidarme como cuando era niño... Salté furioso... la rechacé brutalmente... no sé lo que dije... la amenacé, jurando que si se empeñaba en tratarme como á un muñeco, pegaría fuego á la casa... Y al decirlo, arrimé la luz que estaba sobre la mesa á una cortina... La llama subió depreisa, culebreando... Yo entonces tuve no sé qué vislumbre de razón, y huí pidiendo á voces jagua, socorro! Por pronto que acudieron los criados, que ya dormían... mi madre... desmayada, aturdida del golpe que la di al rechazarla... caida en el suelo al pie de la cortina... su

traje en comunicación... rodeada de llamas...»

El parricida alzó la cabeza y clavó en mí dos ojos que eran dos ascuas vivas. Pedí á Dios que les enviase á aquellos ojos una lágrima... y Dios, compasivo, debió de oírme, porque las ascuas se apagaron, se vidriaron... Un sollozo acompañó el fin de la confesión.

“Mi madre dijo á todos que ella misma, con la bujía, se había prendido fuego á la ropa... De allí á ocho días... porque duró ocho días... entre sufrimientos que hacen erizar los pelos... Las ballenas del corsé, de acero, incrustadas en la carne... La camisa adherida á la piel, que salió con ella á tiras... los ojos ciegos... las costillas descubiertas, el hueso del brazo hecho carbón...»

—Segura estoy—dije interrumpiendo á Solís.—de que su madre de V., antes de morir, le perdonó y le bendijo.

Contestóme un ahogado grito del hombre que ya no podía reprimir la convulsión, y su voz, que apenas se oía.

“Eso... eso fué lo malo... el perdón maldito... No, si yo no tengo remordimientos... si yo no me arrepiento, no... Sólo quiero me quiten aquel perdón... y volveré á gozar, á reír, á tener amores, á comer, á vivir como los demás... El perdón... El perdón que me dió agonizando.. ¡Ese perdón! ¡Ah! ¡Qué venganza tan infame! El perdón es lo que yo tengo aquí... ¡De eso me muerol,»

Y seco ya el llanto, rugió una maldición, y salió huyendo como en la noche de su crimen.

Oí el portazo que dió, y quedé trémula, pesarosa de saber y queriendo saber más todavía.

No supe más. Ricardo de Solís no volvió á mi casa. Pocos días después desapareció de la villa y corte. Se cuenta que pasó al Africa y que en Tánger se pegó un tiro en la sien.





PIÑA

HIJA del sol, habituada á las fogosas caricias del bello y resplandeciente astro, la cubana Piña se murió, indudablemente, de languidez y de frío, en el húmedo clima del Noroeste donde la confinaron azares de la fortuna.

Sin embargo, no omitíamos ningún medio de endulzar y hacer llevadera la vida de la pobre expatriada. Cuando llegó, tiritando, desmadejada por la larga travesía, nos apresuramos á cortarla y coserla un precioso casaquín de terciopelo naranja galoneado de oro, que ella se dejó vestir de malísima gana, habituada como estaba á la libre desnudez en sus bosques de cocoteros. Al fin, quieras que no, la encajamos su casaquín, y se dió á brincar, tal vez satisfecha del suave calorcillo que advertía. Sólo que, con sus malas mañas de usar en vez de tenedor y cuchillo los cinco mandamientos, en dos ó tres días puso el casaquín majo hecho una gloria. El caso es que la sentaba tan graciosamente, que no renunciámos á hacerla otro con cualquier retal.

Porque es lo bueno que tenía Piña: que de

una vara escasa de tela se la sacaba un cumplido gabán, y de medio panal de algodón en rama se le hacía un edredón delicioso. ¡Y apenas la gustaba á ella arrebujarse y agasajarse en aquel rinconcejo tibio, donde el propio curso de su sangre y la respiración de su pechito delicado formaban una atmósfera dulce, que la traía vagas reminiscencias del clima natal!

De noche se acurrucaba en su medio panalito; pero de día, la vivacidad de su genio no la daba lugar á que permaneciese en tal postura, y todo se la volvía saltar, agarrarse á una cuerda pendiente de un anillo en el techo, columpiarse, volatinear, enseñarnos los dientes y exhalar agrios chillidos. Si la llevámos una avellana, media zanahoria, una uva, tendía su mano negra y glacial, de ágiles deditos, trinca el fruto, la golosina, ó lo que fuese, y mientras lo mordisqueaba y lo saboreaba y lo hacía descender, ya medio triturado, á las dos bolsas que guarnecían, bajo las mejillas, su faz muequera, nos miraban con benevolencia y no sin algún recelo sus contráctiles ojos de oro, ojos infantiles, que velaba una especie de melancolía indefinible.

Mucho sentíamos verla prisionera detrás de aquella reja de alambre; pero ¡el diablo que suelte á una criatura por el estilo! No quedaría en casa, á la media hora de haberla soltado, titere con cabeza. Un día que logró escaparse, burlando nuestra severa vigilancia, causó más averías que el ciclón. Volcó dos jarrones de flores, haciéndolos añicos por su

puesto; arrancó las hojas á tres ó cuatro volúmenes; paseó por toda la casa la gorra del cochero, acabando por arrojarla en el fogón; destrozó un quinqué, se bebió el petróleo, y, por último, apareció medio ahorcada en los alambres de una campanilla eléctrica. De milagro la sacamos con vida, demostrándonos una vez más su escapatoria que la libertad no conviene á todos, sino tan sólo á los que saben moderadamente disfrutarla.

Pero claro está; la infeliz Piña, al verse libre y señora, se había creído en sus florestas del trópico, donde nadie arma bronca á nadie por rama tronchada más ó menos. Pasado el desorden de su primera embriaguez, cayó Piña en abatimiento profundo, no sé si por reacción de la febril actividad gastada en pocas horas, ó si por obra de la turca de petróleo. Causaba pena verla al través del enrejado, tan alicaída, tan pálida, con el pellejo de las fauces tan arrugado y el pelo tan erizado y revuelto. Su inmovilidad entristecía la jaula, y su plañidero gáñido tenía cierta semejanza con la queja sorda del niño debilitado y enfermo. Comprendimos que era preciso intentar algún remedio heroico, y al primer capitán de barco que quiso aceptar la comisión le encargamos un novio para Piña.

¡Nada menos que un novio!

Porque conviene saber que Piña conservaba el candor, la inocencia, la honestidad y todas esas cosas que deben conservar las damiselas acreedoras á la consideración y respeto del

público. La flor, —si así puede decirse,—de su virginidad, estaba intacta. Y aunque ningún indicio justificara la atrevida y ofensiva suposición de que Piña estuviese atravesando la sazón crítica en que las doncellas se pirran por marido, la pena y decaimiento en que se encontraba sumergida eran motivo suficiente para que la proporcionásemos la suprema distracción del amor y del hogar. Aflojamos, pues, cinco duros, y el novio, muy lucio de pelaje y muy listo de movimientos, entró en la jaula como en territorio conquistado.

¿Estaría aquel galán empapado en las teorías de Luis Vives, Fray Luis de León y otros pensadores, que consideran á la hembra creada exclusivamente para el fin de cooperar á la mayor conveniencia, decoro, orgullo, poderío y satisfacción de los caprichos del macho? ¿Se habría propuesto llevar á la práctica el irónico mandamiento de la musa popular, que dice:

Tratarás á tu mujer
como mula de alquiler?

¿O procedería guiado por un espíritu de venganza y resentimiento, al notar que la joven desposada le recibía con frialdad evidente y con despego marcadísimo? Lo que puedo afirmar es que, desde el primer día, el esposo de Piña (al cual pusimos el nombre significativo de *Coco*) se convirtió en aborrecible tirano. Yo no sé si medió entre ellos algo semejante á conyugales caricias: respondo sí de que, ó por exceso de pudor (raro en gentes de su casta), ó

porque tales caricias no existieron, jamás advertimos que Coco y Piña, en sus mutuas relaciones, se hubiesen de otra manera sino de la que voy á referir.

Encogida Piña en un rincón de la jaula, entre girones de verdura, peras aplastadas y destrozadas zanahorias, llegábase á ella su marido, y bonitamente se le sentaba encima del espinazo, lo mismo que en cómodo escabel, poniéndole las dos patas sobre las ancas, y agarrándose con las dos manos al pescuezo de la infeliz, á riesgo de estrangularla. En tan difícil posición se sostenía en equilibrio Coco, sirviéndole de entretenimiento el atizar de cuando en cuando á su víctima un mordisco cruel, un impensado zarpazo ó una bofetada en los ojos. Ella, trémula, engurruminada, hecha un ovillo, se mantenía quieta, porque la menor tentativa de escapatoria la costaría mordidas y lampreazos sin número. Era inconcebible que el verdugo no se fatigase de estar así en vilo, pero no se fatigaba, y permanecía enhiesto en su pedestal viviente, como los sátrapas orientales que extendían al pie de su trono una alfombra de cuerpos humanos. Si nos acercábamos á la jaula, ofreciendo á la pareja alguna finecilla de dulces ó frutas, la zarpa de Coco era la que asomaba al través del enrejado de alambre, y sus papos los únicos donde iban á esconderse las fresas ó las almendras presentadas al matrimonio. Por ventura, dominada del instinto de la golosina, intentaba Piña alargar la diestra, mientras en sus ojos mortecinos, de arru-

gado y sedoso párpado, brillaba una chispa de deseo; pero inmediatamente los dientecillos del marido hacían presa en sus orejas, el bofetón caía sobre sus fauces, y todo estímulo de la gula cedía ante la presión del dolor y del miedo.

Miedo, ¿por qué? He aquí el problema que me preocupaba, cuando me ponía á reflexionar en la suerte de la maltratada cubanita. Su marido, por mejor decir, su tirano, era de la misma estatura que ella; ni tenía más fuerza, ni más agilidad, ni más viveza, ni dientes más agudos, ni nada, en fin, sobre qué fundar su despotismo. ¿En qué consistía el intríngulis? ¿Qué influjo moral, qué soberanía posee el sexo masculino sobre el femenino, que así lo subyuga y lo reduce sin oposición ni resistencia al papel de pasividad obediente y resignada, á la aceptación del martirio?

Los primeros días, en una lucha cuerpo á cuerpo, sería imposible profetizar quién iba á salir vencedor, si el macho ó la hembra, Piña ó Coco. La hembra ni siquiera intentó defenderse: agachó la cabeza y aceptó el yugo. No era el amor quien la doblegaba, pues nunca vimos que su dueño la prodigase sino manotadas, repelones y dentelladas sangrientas. Era únicamente el prestigio de la masculinidad, la tradición de obediencia absurda de la fémina, esclava desde los tiempos prehistóricos. El quiso tomarla por felpudo, y ella ofreció el espinazo. No hubo ni asomo de protesta.

Y Piña se moría. Cada día estaba más pálida,

más flaca, más temblona, más indiferente á todo. Ya no se rascaba, ni hacía muecas, ni nos reñía, ni trepaba por la sogá. Su débil organismo nervioso de criatura tropical se disolvía; la falta de alimento traía la anemia, y la anemia preparaba la consunción. Nosotros habíamos desempeñado hasta entonces el papel de la sociedad, que no gusta de mezclarse en cuestiones domésticas y deja que el marido acabe con su mujer si quiere, ya que al fin es cosa suya; pero ante el exceso del mal, determinamos convertirnos en Providencia, y estableciendo en la jaula una división, encerramos en ella al verdugo, dejando sola y libre á la mártir.

Pintar los visajes y chillidos de Coco, sería cuento de no acabar nunca. Al ver que le ofrecíamos á Piña golosinas y alimento, sus gritos de envidia y cólera aturdían la jaula. Y al pronto, Piña... ¡oh hábito del miedo y de la resignación! no se atrevía á saborear el regalo, como si aun al través de la reja, en la imposibilidad de hacerla daño alguno, la impusiese el déspota su voluntad. Con todo, según fueron pasando días, renació en Piña la confianza, lo mismo que en su desollado cogote brotaba nuevamente el pelo. Refloreó su salud, engruesaba, sus ojos de ágata brillaban, sus dientes parecían más blancos, su rabo prehensil estaba muy juguetón, y sus manos traviesas retozaban fuera de los alambres, complaciéndose en espulgar, por vía de caricia, á todo el que se acercaba á su prisión. Si á esto

se añade la proximidad del verano, lo suave de la temperatura, las frecuentes visitas del sol á la galería de cristales donde teníamos la jaula, se comprenderá la dicha de la esposa de Coco, su alegría y su nueva juventud, revelada en lo fino de su pelaje y en lo rápido de sus movimientos y gesticulaciones.

Para mayor felicidad de Piña, nos trasladamos á la Granja, y allí se la permitió explorarse por los jardines, subiéndose á los árboles cuanto consentía el largo de una cadenita ligera. Ella danzaba por la copa de las acacias y entre el follaje de las camelias, soñando tal vez que el cielo era, no azul celeste, sino turquí; que el bosquecillo de frutales se convertía en cerrado manglar, y que en el estanque nadaban, en lugar de rojos ciprinos, pardos caimanes que dejaban en el agua un rastro de almizcle.

Ya no la prendíamos en jaula: nos contentábamos con amarrar su cadena, de noche, á una argollita. Cierta mañana encontramos la argolla y algún eslabón roto de la cadena, pero á Piña no. Apareció, después de largas pesquisas, en un alero del tejado, tiritando y medio muerta. Ebria de libertad y de luz, confundió las noches de Galicia con las luminosas y tibias noches antillanas, y el rocío, la niebla, el frío del amanecer la hirieron con herida mortal.

Expiró lo mismo que una persona, ó, por mejor decir, que una criatura: tosiendo, gimiendo blandamente, con agonía estertorosa, vi-

driándose sus ojos y humedeciéndose sus lágrimas. Mis niños quisieron enterrarla solemnemente en el jardín; cavaron su fosa al pie del gran naranjo *bravo*, no lejos de un pie de salvia todo florido; depositaron el cuerpo envuelto en un paño blanco; lo recubrieron de tierra, echaron sobre la sepultura flores, conchas, hasta cromos y aleluyas, y mientras los dos mayores lloraban todas las lágrimas de su corazoncito piadoso, la pequeña, haciendo trompeta con el hocico salado y ensayando los gestos y pucheros que juzgó más adecuados para expresar el dolor, pronunció estas palabras, condena del sentimentalismo y fórmula de un carácter jovial y antirromántico:

— Yo también quería llorar por la mona.
¡Pero no puedo!



LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

TASSO

Tiene el subjetivismo poético cierta aleación de egoísmo, que se revela en la codicia de amor. El anhelo de felicidad que los poetas sienten con tan clara viveza, les impulsa á ambicionar infinidad de cariño; y aún es mayor que el gusto de poseerlo el deseo de ganarlo. Tasso no parece sino que vino á cerciorarse de la ternura de Cornelia, como el avaro que á deshora se levanta, desentierra su caudal y lo cuenta por ver si está completo; hecho lo cual, vuelve tranquilo á su cámara. Convencido el poeta de que la llama del fraternal amor ardía con la misma intensidad que en los días de la niñez, volvió á tomar el bastón del viajero. No fueron parte á detenerle las finezas y agasajos de la amante Cornelia, ni los recuerdos poderosos que evocaba el hogar de la familia, ni las flores, ni los mirtos, ni las playas, ni el cielo mágico de Sorrento, tan distinto de las nebulosas ori-